

CAPITULO XXXI.

EN EL GUAL VERÀ EL LECTOR CUAN CIERTO ES
QUE QUIEN MAL EMPIEZA MAL ACABA.

El tiempo avanzaba trasformándolo todo, como esas ráfagas de viento que van haciendo de las nubes una sucesion de cuadros panorámicos que sorprenden la fantasía.

Sanchez habia estrechado sus relaciones con Delgado, el oficial de los fósforos y de las elecciones. Por algun tiempo, creyendo Sanchez que el negocio de la casa de Carlos iba á proporcionarle una salida ventajosa, previendo que por parte de la misma casa no habia mas interes que el de contar con un empleado que obrara en el

asunto con imparcialidad y diligencia, se desconsoló soberanamente; noticia que en una tarde de *fósforos* comunicó Sanchez á su útil amigo Delgadillo.

Nadie mas fecundo en recursos que esos ociosos, que no emplean ninguno en reparar sus propias averías; ninguno mas rico en espedientes que aquel que los ha agotado todos; esos que viven de ilusiones, (y por mas que sea absurdo, las ilusiones entran en el número de las cosas nutritivas,) esos tienen cien mil espedientes para cada dificultad.

Para Delgadillo todo era fácil, siempre que no fuera él el actor; es cierto que él vivía de las elecciones y de la junta patriótica; pero eso era porque su posición no le había dejado obrar en otro círculo; pero en tratándose de aconsejar, no hubiera vacilado en probarle al Ministro de Hacienda, que no había cosa mas fácil que ser millonario.

Delgadillo había aprendido todos los trámites y procedimientos del *topillo*, de la estafa y de todos los asuntos de mala fé; todas sus recetas eran de *contrefaçon*, y poseía los secretos del aceitero, del tocinerero, del fondista y de casi todos los oficios lucrativos; sabía desde la manera de adjudicarse una finca sin pagar un centavo, hasta la manera de adulterar la leche, el pulque y la cerveza: todo cuanto fuera contravención ó trampa, lo sabía perfectamente Delgadillo.

Uno de sus ejercicios era imitar firmas; y no era extraño verlo borrar papel, imitando la firma de todos los personajes conocidos.

Delgadillo sabía hacer moneda y doblé, como sabía ha-

cer velas de cera que no eran de cera, y chocolate que no era de cacao, y dulce de leche sin leche, y otra procion de preciosidades por este estilo.

De manera que cuando Delgadillo se enteró del negocio de la casa de Carlos en palacio, se dió una palmada en la frente y le exigió á Sanchez las albricias por el fortuna que acababa de descubrir en el fondo del negocio que el mismo Sanchez creía, hasta entonces, de todo punto improductivo.

—Insisto en que es usted un niño, señor Sanchez; vea usted como se hacen esos negocios.

Y Delgadillo hizo una larga explicación á Sanchez de la manera con que aquel negocio, conducido hábilmente, podía sacar á Sanchez de apuraciones.

Sanchez no se dejó alucinar fácilmente; pero desde aquel momento no volvió á pensar en otra cosa, dándole mil vueltas á aquel asunto, y buscándole incensantemente todas las contraseladas que pudieran hacerlo fracasar.

Pero Delgadillo amplió sus explicaciones y Sanchez iba animándose mas y mas á entrar en el asunto, ya fuerte con el caudal de conocimientos que le había transmitido Delgadillo.

Ya la casa de Sanchez no existía, y doña Felipa había pasado á la categoría de hoja suelta y vivía con una de sus amigas.

Don Aristeo también había buscado un rincón, desde el que, á pesar de todo, seguía, al menos á su modo de ver, haciendo el papel de rico con Kitty.

Don Aristeo no recibió por fin de Sanchez los trescientos pesos de su contrato, sino en partidas parciales, en valores, en cambios de deudas y de la manera mas difícil y complicada del mundo; pero tan luego como pudo disponer de las primeras sumas, las empleó en vestirse y en hacer algunos regalitos á Ketty.

Por supuesto que las habladurías de doña Zeferina, doña Anita y doña Felipa, no tenían término y aquellas tres trompetas no cesaban de sonar, revelando todas las poridades y peripecias de los acontecimientos que se habían sucedido con cierta rapidez desusada y extraordinaria.

Ya no les cabia duda en que Don Aristeo se había encaprichado por la cocota, y las viejas llegaban á olvidarse hasta del chocolate, cuando se trataba de comerse vivo á Don Aristeo.

—Es un viejo *chirrisco*, decía doña Felipa; si desde el primer día en que yo lo ví ponerse los botines apretados para ir á ver á esa condenada, me dió mala espina.

—Y yo, mi alma, agregó doña Zeferina, que me lo encuentro entrando al 3, que no lo pudo disimular y todavía el muy hipócrita me dijo: ¡qué quiere usted, doña Zeferina, voy á hacer este sacrificio en obsequio del pobre de mi com padre!

—Vea usted, doña Zeferina, ¿y quien lo había de creer de un hombre tan timorato como Don Aristeo, y cuya conducta nos consta á todos que era ejemplar? pero vea usted lo que pueden esas mugeres que vienen de allá de *ex-*

trangis, yo no sé qué les ven los hombres; lo que es yo no puedo ver á las güeras, ni me parecen mugeres: á mí de me usted una muger rosadita de cara, de ojos y pelo negros, bajita de cuerpo y redondita de formas; pero una de esas patonas que usan botas de cochero y andan como palos vestidos, ¡ni lo permita Dios! doña Zeferina, sobre que le digo á usted que ni me parecen mugeres.

—Pues Don Aristeo no opina como usted, mi alma; porque ya lo ve usted metido en casa de esa muger á todas horas, y como dá la casualidad que vivo por allí, todo lo sé sin necesidad de preguntarlo. ¿Crearán ustedes que el pelon está todos los días en acecho de D. Aristeo?

—¿Es posible?

—Sí, señor, sabe el malvado las horas á que entra y las horas á que sale; sabe que ropa lleva y si además le lleva ó no le lleva regalitos á la patona.

—¡Vaya! si parece ahora un jóven, tiene saco rabon y cadena de reloj y sombrero de moda y hasta guantes.

—¿Qué dice usted que viejo loco? pues no seria mejor que se dedicara á machucar la cuenta como nosotras y no andarse ahora en galanteos y cosas propias de los jóvenitos!

—¡Ya se vé!

—¿Y de Amalia, qué se dice? preguntó doña Anita.

—Dicen que la pobre dá lástima ver como está, que parece una vieja.

—¡Pobre! ha de haber sufrido mucho.

—En el pecado llevó la penitencia.

—Dizque vive por las calles de San Juan.

—¿Sola?

—No sé, pero sí sé que solo la Chata la visita, y que está en una miseria, que es cosa que se queda sin comer muchas veces y que ni á la calle sale.

—Y todo por su mala cabeza, pues dígame usted, doña Felipita, ¿qué necesidad tenia esa loca de mis pecados de irse á enamorar de semejante calavera?

—La verdad, á mí nunca me gustó el tal Ricardo.

—A mí desde el primer día me pareció un hereje de siete suelas.

—Sí, eso no hay que dudarlo, es de esos jovencitos impios que los hay á montones, porque ya es cosa de que á cada paso se tropieza usted con esa clase de gente; el otro día lo dijo el padre Don Pachito en el púlpito, si hubieran estado ustedes en el sermón, ¡ah, qué bien lo hizo! fué cosa que á todas se nos saltaron las de San Pedro.

—¿Y su hermano de usted? le preguntó doña Anita á doña Felipa.

—¡Qué sé yo! hace mucho tiempo que no lo veo.

—Dicen que anda muy distraído; y vea usted lo que son las cosas, dicen que habla muy mal de Don Benito.

—¡Es posible! pues antes era muy amigo suyo.

—Pues ahora lo contrario, se está volviendo de la oposición.

—Vea usted, mi alma, yo creo que hace mal el señor Sanchez; yo no soy juarista, pero no por eso dejo de

confesar, que su hermano de usted le debe muchos favores al señor Juarez.

—Y consideraciones, agregó doña Felipa.

—El caso es que el hombre está perdido, y dicen que cada día se da mas al maldito vicio de la embriaguez.

—¡Vea usted que lástima!

Don Aristeo, por su parte, no se conocia á sí mismo, habia acabado por enamorarse perdidamente de Ketty.

Se habia empeñado una lucha terrible entre la nulidad de D. Aristeo como amante, y la terrible pasión que le inspiraba aquella muger que atesoraba encantos vírgenes para D. Aristeo.

Este amor que se levanta de entre las ruinas de una humanidad consumida, mas por los años que por los combates del alma, es un fuego devorador que engendra las mas extrañas elucubraciones.

Don Aristeo, solo, hurafío para con todo el mundo, sin amigos y sin familia, consagraba todo su sér á la adoración, todo su tiempo al culto del amor, pasaba horas enteras entregado á la contemplación de cualquier objeto que habia podido adquirir perteneciente á Ketty.

A la sazón que le volvemos á ver, estaba delante de un guante de la cocota, este guante habia recibido ya miles de besos apasionados, y el aroma de que estaba impregnado lo aspiraba D. Aristeo con la avidez con que un asfixiado buscaria el oxígeno para volver á la vida.

Ketty, por su parte, insegura sobre los datos que acerca de las minas le pedía á D. Aristeo, no se habia atrevi-

do á abandonarse en brazos de su nueve amante, sin la competente seguridad de que aquel sacrificio seria amplia y previamente remunerado; de manera que sin desechar completamente á D. Aristeo y sin quitarle las esperanzas, lo tenia pendiente de su labios, y como en equilibrio al borde de un abismo.

Las visitas frecuentes de D. Aristeo no le impedian á Ketty recibir algunos amigos, especialmente americanos.

Cuando D. Aristeo veia entrar á alguno de estos amigos de Kety, pasaba por todos los tormentos que pueda imaginarse; Ketty y el americano hablaban ingles delante de D. Aristeo, quien hubiera dado su alma al diablo por entender una palabra de aquella maldita gerigonza, que le ponía en la posicion de traducirla de la manera mas desfavorable á su individuo.

Los celos se apoderaron del viejo con todo el rigor de que esta funesta pasion es capaz, y los tormentos de D. Aristeo no conocian límites.

A solas se atrevió á decirle á Ketty lo que sufría; hasta llegó á ser elocuente en la pintura de sus padecimientos morales; y con tan vivos colores retrató su pasion, que la cocota no tuvo valor para reirse como lo habia hecho varias veces; pero el único sentimiento que D. Aristeo fué capaz de hacer brotar en el corazon de aquella muger metalizada y positivista, fué la mas fria conmiseracion.

Don Aristeo tuvo, por primera vez en su vida, un acceso de desesperacion tal, que trastornó poderosamente su

economía, y cayó á los piés de Ketty presa de un verdadero ataque cerebral.

Fué necesario recurrir á un tratamiento enérgico, segun el parecer del médico que Ketty mandó llamar en el acto; pero no bien hubo salvado del primer acceso, ocurrió el segundo, sin que el médico pudiera acertar de pronto con la causa que lo habia motivado.

Durante los primeros dias de la enfermedad de D. Aristeo, Ketty facilitó todos los recursos que demandaba la asistencia; pero cuando por el médico supo Ketty que aquella enfermedad seria larga, determinó librarse de una molestia que de nada le serviría.

—Usted, señor D. Aristeo, está mal asistido en mi casa, donde no hay comodidad para los enfermos; y la enfermedad de usted requiere, segun el médico, una mejor asistencia.

—Me despide usted, Ketty, y ya que no he tenido el placer de vivir al lado de usted solo por no haber nacido suficientemente rico, no podré al menos ofrecerle á usted mi último suspiro?

—Usted hará mal, señor, en quererse morir aquí. Usted puede guardar todavía un poco mas de tiempo el suspiro, porque yo voy á viajar otra vez.

—¡Cruell exclamó D. Aristeo; y se metió la sábana en la boca, para no proferir en desahogos que no queria decir.

—¡Por piedad, Ketty! dígame usted que me ama y yo moriré tranquilo.

—¡Oh! yo he dicho á usted que yo lo estimo como un buen señor, mas no como un amante.

—¡Ah miserable de mí! ¡miserable! ¡miserable!.....

Y Don Aristeo se soltó llorando amargamente, y como era la hora del lunch, Ketty le volvió la espalda.

Al dia siguiente, aprovechando el sopor y la postracion del enfermo, fué colocado en una camilla y trasladado al hospital de San Andres.

CAPITULO XXXII.

SOLEDAD DEL ALMA.

HAY en cierto lugar de México una calle que en su acera que ve al Norte tiene algunas casitas como la que vamos á describir.

El propietario, deseando construir habitaciones con las comodidades necesarias para una familia reducida, levantó, en lo que algunos años ha era un solar, una casa cuya planta baja la forman una pieza que da entrada á otra, que pudiera ser sala, á un pequeño patio donde hay una cocina y un lavadero, y á la vez da paso á una escalera de ma-